

Colosenses 3:1-11

Sermón Colosenses 3:1-11 12 de agosto 2007 Eclesiastés 1:2; 2:18-26 Lucas 12:13-21

1Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. 2Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra, 3porque habéis muerto y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios. 4Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria.

5Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros: fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría. 6Por estas cosas la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia, 7en las cuales vosotros también anduvisteis en otro tiempo cuando vivíais en ellas. 8Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca. 9No mintáis los unos a los otros, habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos 10y revestido del nuevo. Este, conforme a la imagen del que lo creó, se va renovando hasta el conocimiento pleno, 11donde no hay griego ni judío, circuncisión ni incircuncisión, bárbaro ni extranjero, esclavo ni libre, sino que Cristo es el todo y en todos.

Todos sabemos que el mundo que nos rodea deja mucho que desear. Vemos que muchas cosas del desagrado de Dios suceden diariamente en nuestro alrededor. Esto es bastante malo en sí. Pero no es lo peor. Podemos ver que aun en la iglesia las cosas no son como deben de ser, que hay mucho que tiene que entristecer a nuestro Redentor cuando ve lo que sucede entre los que se llaman su cuerpo. De hecho, si somos honestos, tenemos que decir que hay mucho en cada uno de nosotros que no debe estar allí, que necesitamos todavía de arrepentimiento, que hay mucho lugar para un cambio.

¿Pero cómo se producirá ese cambio? ¿Cómo progresaremos en nuestra vida cristiana, cuando hay tanto que parece arrastrarnos a hacer lo opuesto de lo que sabemos que es la voluntad de Dios?

Pablo en nuestro texto nos va a dar una receta para la enfermedad que padecemos. Nos va a aconsejar en cuanto a cómo vivir una vida cristiana más consistente en este mundo. Nos exhortara: **Cristianos, lleven una vida celestial aquí en la tierra.**

Fácil decirlo, pero lo difícil es ponerlo en práctica, me dirán. Pero Pablo nos dice que gran parte de nuestro problema es

sencillamente que olvidamos quiénes somos. Quiere dirigir nuestra atención al gran cambio que ya ha sucedido en nosotros, y a Cristo, el autor de este cambio. Así nos exhorta a fijarnos en Cristo, nuestra vida. “Si, pues, habéis resucitado con Cristo, buscad las cosas de arriba, donde está Cristo sentado a la diestra de Dios. Poned la mira en las cosas de arriba, no en las de la tierra, porque habéis muerto y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios”.

“Habéis muerto”, nos dice Pablo. Recuerda lo que ya ha dicho en el capítulo 2: “Con él fuisteis sepultados en el bautismo”. En Romanos 6 Pablo dice: “Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿O no sabéis que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte?, porque somos sepultados juntamente con él para muerte por el bautismo”. Allí nos dice que al ser unidos con Cristo en el bautismo por medio de la fe somos hechos partícipes en su muerte. Pero eso quiere decir que las ligaduras que nos mantenían atados al pecado se han roto.

En su lugar ahora tenemos una nueva vida, porque en el bautismo y por medio de la fe hemos resucitado también con Cristo. Cristo está arriba. Está en la presencia de Dios, sentado a su diestra, gobernando como Señor sobre todas las cosas. De hecho, nuestra unión con él es tan íntima que Cristo sencillamente es llamado aquí “vuestra vida”. Todo lo que tenemos de verdadera vida la tenemos sólo en Cristo, debido a lo que él ha hecho por nosotros con su muerte y resurrección. ¿Pero qué es lo que él nos ha obtenido así? Pablo nos dice en 2:13: “Os dio vida juntamente con él, perdonándoos todos los pecados”. Porque él vivió por nosotros una vida perfecta, obedeciendo toda la voluntad de Dios, y murió pagando el castigo total de nuestros pecados, somos contados por Dios como los que nunca hemos pecado, somos perdonados, y con y en Cristo somos verdaderamente vivos. Como Cristo murió, y ahora vive para siempre, nosotros debemos elevar nuestra vista y poner nuestra mente en él y en la vida que gozamos en él.

Pero Pablo también nos dice acerca de esa vida que “está escondida con Cristo en Dios”. No vemos que tenemos nuestra vida con Cristo en Dios. No vemos la gloria que es nuestra por ser hijos de Dios en unión con el Hijo unigénito de Dios. Por eso es necesaria la exhortación a levantar los ojos de nuestra fe arriba, o poner nuestra mente en el cielo. Y seguramente el mundo incrédulo no ve el privilegio y la honra que es tener la vida en Cristo. Piensan en general que los creyentes cristianos son unos miserables que sólo perdemos todo lo que da alegría a la vida. Como dijo el comentarista Bengel: “El mundo no conoce ni a Cristo ni a los cristianos, y ni siquiera los cristianos conocen plenamente a sí mismos”.

Pero eso sí, llegará el día en que Cristo venga en toda su gloria. Y Pablo nos dice: “Cuando Cristo, vuestra vida, se manifieste, entonces vosotros también seréis manifestados con él en gloria”. De modo que esta vida que Dios ha hecho nuestra en el bautismo, la vida que tiene su centro en el cielo, ahora la conocemos sólo por la fe, y hay que cuidar de dejar que este mundo con sus valores pecadores vuelva a dominar en nuestra existencia aquí. Hay que buscar las cosas de arriba, donde está Cristo, y poner la mira en las cosas de arriba, y no en la tierra. Las apariencias engañan. La realidad, nuestra vida, ya es celestial, esperando para ser revelada cuando Cristo vuelva.

Debemos poner la mira en las cosas de arriba, debemos tener una mente celestial, porque eso es lo que corresponde a lo que Dios nos ha dado. Pero eso no quiere decir que descuidaremos las cosas de esta tierra. El lugar en donde se expresa esa vida es precisamente en esta tierra, en donde ya no nos dejaremos dominar por la vida anterior de pecado y servicio a la carne, sino conformaremos nuestras acciones y pensamientos a la voluntad de aquel que nos ha rescatado de este mundo moribundo y nos ha dado la vida celestial.

Pablo continúa diciendo: “Haced morir, pues, lo terrenal en vosotros”. A pesar de que hemos muerto con Cristo al pecado, el pecado constantemente busca reafirmar su dominio sobre nosotros. Hermanos, el pecado no es algo con que podemos jugar. El viejo Adán ha sido puesto bajo el agua para ahogarlo en el bautismo, pero como dice Lutero, el granujo sabe nadar. Si no lo mantenemos firmemente bajo el agua, se nos escapará otra vez y buscará dominar en nuestra vida.

En la Biblia hay varias listas de los vicios que caracterizan la vida de pecado, la vida del mundo incrédulo, y varían entre sí, así que ninguna de esas listas es exhaustiva. En esta ocasión Pablo menciona varias de las cosas más comunes en la sociedad pagana del primer siglo, pero que no deben tener ningún lugar entre los cristianos. “Fornicación, impureza, pasiones desordenadas, malos deseos y avaricia, que es idolatría”.

Los primeros pecados tienen que ver con los pecados sexuales. La palabra aquí traducida con “fornicación” se refiere a cualquier relación sexual fuera del matrimonio. Para la sociedad pagana del tiempo, esas relaciones se consideraban algo “normal”, apenas censurable. Pero Pablo dice a todos los cristianos que lejos de ser algo leve, hay que matar esas acciones; lo cual quiere decir no tener nada que ver con ellas. Es más, hay que combatir radicalmente inclusive cualquier pensamiento y sentimiento que nos impulsaría a hacerlo, la impureza y la pasión, los malos deseos. Buscaremos más bien

que Dios crea un corazón limpio en nosotros y renueve un espíritu recto dentro de nosotros.

Habla también de la avaricia o la codicia, el deseo de tener siempre más. Hasta cierto punto toda la economía del mundo se basa en eso, de modo que la tentación está siempre latente. Para que no subestimemos la gravedad, explica Pablo “que es idolatría”. El problema no es las posesiones en sí, sino la tendencia a poner la confianza en ellas, y buscar siempre más porque pensamos que así estaremos mejor protegidos. Eso pone las posesiones en el lugar que pertenece sólo a Dios. Jesús también dio la advertencia de que “No podéis servir a Dios y al mamón”.

Esas cosas dominaban en la sociedad. El que miraba alrededor a las actitudes de la sociedad podría tener el pretexto común por practicar estas cosas de que “todo el mundo lo hace”. Pero eso no puede ser determinante para nuestra vida. “Todo el mundo”, en su gran mayoría, son precisamente los “hijos de desobediencia”, los que no conocen a Dios y más bien siguen el liderazgo de su padre espiritual, el príncipe de este mundo, el diablo. Así que Pablo advierte de todo esto: “Por estas cosas la ira de Dios viene sobre los hijos de desobediencia”. Muchos de los colosenses habían practicado estas cosas en el pasado. Pero ahora ha sucedido el cambio decisivo, de modo que ya no tienen lugar estas cosas.

Dirijo unas palabras especialmente a los jóvenes que están aquí en la congregación esta mañana. Nuestra sociedad no es muy diferente de la de Colosas. Estos graves pecados la sociedad en general considera como algo sin importancia, algo que pueden practicar casi sin pensar dos veces. Cuando olvidamos quiénes somos, cuando apartamos nuestra vista de Cristo nuestro glorioso Redentor y la vida que tenemos en él, también podemos estar tentados a adoptar la forma de vida del mundo, y caernos también en los pecados sexuales. Pero no dejen que amigos o compañeros determinen sus valores y conducta. Pertenecen al Señor en los cielos, y son miembros de su cuerpo. Sepan inclusive encontrar su compañera de toda la vida de una manera casta y decente, también en esto mostrando en su vida terrenal la verdadera vida celestial que Cristo les ha dado. “Que cada uno de vosotros sepa tener su propia esposa en santidad y honor, no en pasión desordenada, como los gentiles que no conocen a Dios”. Eviten hasta las situaciones en donde habría ocasión de tentación. Un conocido predicador de radio habló de una madre que dijo a su hijito: ¿Qué haces por la cocina? — Estoy resistiendo la tentación, contestó el niño. Es que estaba justo enfrente de las galletas, que le eran prohibidas excepto después de la comida, mirándolas fijamente. Correctamente ese pastor

comentó, eso no es el lugar para resistir la tentación. La verdadera resistencia sería mantenerse alejado de ellas.

Somos cristianos. Pero ¿qué tipo de programas vemos en las televisiones? ¿Qué tipo de películas vemos? ¿Qué tipo de letras escuchamos en las canciones? ¿Son cosas que contaminarán nuestros pensamientos y hacernos comenzar a aceptar otra vez los valores del mundo condenado? ¿Son algo que podríamos llevar arriba a la presencia de nuestro Salvador sin sentir vergüenza? Si no, es tiempo de volver a poner nuestra mira en las cosas de arriba, para vivir aquí abajo la vida celestial.

Pero hay otras cosas que evitar también. Si bien la primera lista se trata de cosas que deben haber desaparecido en la comunidad cristiana, la otra involucra cosas que presentan una amenaza constante a la relación que Dios ha establecido entre nosotros como hijos de él y hermanos unos de los otros. “Pero ahora dejad también vosotros todas estas cosas: ira, enojo, malicia, blasfemia, palabras deshonestas de vuestra boca. No mintáis los unos a los otros”. El resentimiento constante, los brotes de furia, los intentos de hacer daño unos a otros para ajustar cuentas cuando se cree que otro le ha hecho daño, calumnias que dañan la reputación de otro y palabras abusivas. ¿Cómo concuerdan todas estas cosas con la manera en que Cristo ha tratado a nosotros? ¿Realmente podemos defenderlos ante aquel que a su tiempo murió por los impíos, que amó tanto al mundo pecador que entregó su propia vida para salvarlo? ¿Podemos los que hemos sido unidos con aquel que es la verdad seguir diciendo mentiras?

Pablo nos recuerda lo que ya ha pasado, lo cual si lo recordamos y guardamos en mente siempre nos llevará a evitar todas estas cosas. “Habiéndoos despojado del viejo hombre con sus hechos y revestido del nuevo”. La carne con sus acciones es como una ropa vieja que ya hemos quitado. Ya no puede tampoco determinar nuestra relación unos con otros. Nos hemos vestido del nuevo hombre, o de Cristo mismo, y así se ha restaurado en nosotros la imagen de Dios que perdimos con el pecado del primer Adán. Esta imagen crece progresivamente, se “va renovando, conforme a la imagen del que lo creó ... hasta el conocimiento pleno”. Cuando ponemos la mira en las cosas de arriba, y no en las de la tierra, nos hacemos más y más como Cristo. Y así podemos vivir en tal forma que llegamos a ser como pequeños cristos para nuestro prójimo, viviendo para servirlo y mostrándole una reflexión del amor de Cristo en nuestra vida diaria con él. Reconoceremos más y más que Cristo es el todo y en todos.

¿Qué es lo que más y más reemplazará esas cosas de la carne pecaminosa, de este mundo, en nosotros cuando realmente

ponemos la mira en las cosas de arriba, cuando ponemos la mira en Cristo nuestro Redentor quien es nuestra vida? Pablo sigue después de nuestro texto: “Vestíos, pues, como escogidos de Dios, santos y amados, de entrañable misericordia, de bondad, de humildad, de mansedumbre, de paciencia. Soportaos unos a otros y perdonaos unos a otros, si alguno tiene queja contra otro. De la manera que Cristo os perdonó, así también hacedlo vosotros. Sobre todo, vestíos de amor, que es el vínculo perfecto. Y la paz de Dios gobierne en vuestros corazones, a la que asimismo fuisteis llamados en un solo cuerpo. Y sed agradecidos”.

¡Qué diferente, no, cuando dejamos que nuestro Señor que está arriba determine nuestras acciones y nuestras actitudes! ¡Cuánta falta hace este glorioso ejemplo de Cristo para determinar también nuestra respuesta de fe y gratitud a él! No lo haremos perfectamente. Si fuera así, no necesitaríamos la exhortación. Pero por la gracia de aquel que sufrió y murió por nosotros y nos perdona todos nuestros pecados, tenemos vida con él, y así podemos irnos renovando cada día en una vida más como él.

Amén.